

JAMES RUNCIE

LOS MISTERIOS DE GRANTCHESTER

Sidney Chambers
y la sombra de la muerte

Traducción de Josep Escarré



Duomo ediciones

Barcelona, 2016

Para Marilyn

Índice

La sombra de la muerte	11
Una cuestión de confianza	99
En primer lugar, no causar ningún daño	171
Una cuestión de tiempo	247
El Holbein perdido	317
Hombres honorables	371

La sombra de la muerte

El canónigo Sidney Chambers nunca había planeado convertirse en detective. En realidad, fue algo que ocurrió casi por casualidad, después de un funeral, cuando una mujer guapa y de edad indefinida expresó su sospecha de que la reciente muerte de un abogado de Cambridge no había sido un suicidio, como se había informado ampliamente, sino un asesinato.

Era una mañana de un día laborable de octubre de 1953 y los pálidos rayos de un bajo sol otoñal caían sobre el pueblo de Grantchester. Los asistentes al funeral de Stephen Staunton se protegían los ojos de la luz mientras se dirigían hacia el Red Lion. Eran amigos, colegas y familiares del lugar de donde procedían, en Irlanda del Norte. Caminaban en silencio. Las primeras hojas del otoño titilaban al caer de los olmos. Era un día demasiado hermoso para un funeral.

Sidney se había puesto el traje y el alzacuello y estaba a punto de unirse a su congregación cuando vio a una elegante dama que estaba esperando en las sombras del pórtico de la iglesia. Sus tacones de aguja la hacían parecer inusualmente alta. Llevaba un vestido negro que le llegaba hasta la rodilla, una estola de piel de zorro y una toca moteada. Sidney había

reparado en ella durante el servicio por la sencilla razón de que era la persona más elegante de todas las presentes.

–Creo que no nos conocemos –dijo él.

La dama le tendió una mano enguantada.

–Soy Pamela Morton. Stephen Staunton trabajaba con mi esposo.

–Es un momento muy triste –repuso Sidney.

La dama estaba dispuesta a ahorrarse las formalidades.

–¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Recientemente, Sidney había visto la película *El trompetista*, y se había dado cuenta de que la voz de la señora Morton era tan sensual como la de Lauren Bacall.

–¿No la echarán de menos en la recepción? –le preguntó Sidney–. ¿Y su marido?

–Le dije que quería un cigarrillo.

Sidney dudó.

–Yo debo asistir, por supuesto...

–No le va a tomar mucho tiempo.

–Entonces, podemos ir a la vicaría. No creo que la gente me eche de menos tan pronto.

Sidney era un hombre alto y esbelto de unos treinta y pocos años. Amante de la cerveza caliente y el jazz, entusiasta jugador de críquet y ávido lector, era famoso por su discreta elegancia clerical. La ancha frente, la nariz aguileña y la alargada barbilla las suavizaban unos ojos de color castaño claro y una amable sonrisa que sugería que siempre estaba dispuesto a pensar lo mejor de la gente. Había tenido la sacerdotal buena suerte de nacer en domingo y fue ordenado poco después de la guerra. Tras una breve estancia como párroco en Coventry y un corto período como capellán doméstico del obispo de

Ely, fue nombrado vicario de la iglesia de San Andrés y Santa María en 1952.

–Supongo que todo el mundo le pregunta... –empezó Pamela Morton, mientras echaba un vistazo a la desgastada puerta.

–¿Si preferiría vivir en la vieja vicaría, el tema del poema de Rupert Brooke? Sí, me temo que sí lo hacen. Pero estoy muy contento de vivir aquí. De hecho, es demasiado grande para un soltero.

–¿No está usted casado?

–La gente dice que estoy casado con mi trabajo.

–No sé muy bien lo que es un canónigo.

–Es un título honorario que me concedió una catedral de África. Pero es más sencillo pensar en mí como en un sacerdote normal y corriente. Lo que ocurre es que la palabra «canónigo» suena un poco mejor. Pase, por favor.

Sidney condujo a su invitada hasta un pequeño salón con unos sofás de cretona y unos grabados antiguos. Los ojos oscuros de Pamela Morton recorrieron la estancia.

–Lamento demorarle.

–No pasa nada. Me he dado cuenta de que nadie sabe qué decirle a un pastor después de un funeral.

–No son capaces de relajarse hasta que se ha ido –respondió Pamela Morton–. Creen que deben comportarse como si aún estuvieran en la iglesia.

–¿Será porque les recuerdo demasiado a la muerte? –preguntó Sidney.

–No, no creo que se trate de eso, canónigo Chambers. Creo que más bien usted les recuerda sus pecados y maldades.

Pamela Morton esbozó una sonrisa y ladeó la cabeza para que un mechón de pelo negro cayera sobre su ojo izquierdo.

Sidney se percató de que estaba en presencia de una mujer peligrosa de cuarenta y tantos años y que ese solo gesto podía ejercer un efecto devastador en un hombre. Pesó que su interlocutora no tendría demasiadas amigas.

La señora Morton se quitó los guantes, la estola y la toca y los colocó sobre la parte posterior del sofá. Cuando Sidney le ofreció una taza de té, ella se estremeció ligeramente.

–Lo siento si le parezco demasiado atrevida, pero ¿no tiene algo más fuerte?

–Tengo jerez, aunque debo decir que no me entusiasma.

–¿Whisky?

Era la bebida favorita de Sidney; una bebida, como trataba de convencerse a sí mismo, que solo tenía con fines medicinales.

–¿Cómo lo toma? –preguntó.

–Como Stephen solía tomarlo: con un poco de agua, sin hielo. Él tomaba whisky irlandés, aunque me imagino que el suyo será escocés.

–Así es. Me encanta un buen malta solo, pero me temo que no puedo permitírmelo.

–Es comprensible en un vicario.

–Deduzco que conocía bien al señor Staunton.

–¿Le importa si me siento? –preguntó Pamela, dirigiéndose hacia el sillón que había frente a la chimenea–. Creo que esto va a resultar un poco incómodo.

Sidney sirvió el Johnnie Walker y se obsequió a sí mismo con un vaso pequeño para acompañar a su invitada.

–Está claro que se trata de un asunto delicado.

–No estamos en la iglesia, canónigo Chambers, pero presumo que sigue imperando el secreto de confesión.

–Puede confiar en mi discreción.

Pamela Morton pensó en si debía proseguir.

–Se trata de algo que nunca imaginé que le contaría a un sacerdote. Incluso ahora no estoy segura de que quiera hacerlo.

–Tómese su tiempo.

–Puede que lo necesite.

Sidney le tendió el whisky a su invitada y tomó asiento.

El sol le daba en los ojos, pero, una vez sentado, consideró que sería una grosería moverse.

–Estoy acostumbrado a escuchar –dijo.

–Stephen y yo siempre fuimos amigos –empezó Pamela Morton–. Sabía que su matrimonio no era tan feliz como lo había sido en otros tiempos. Su esposa es alemana; no es que eso explique nada...

–No...

–Pero la gente lo ha comentado. Parecía una extraña elección para un hombre tan guapo. Habría podido elegir casi a cualquier mujer que hubiese querido. Supongo que casarse con una alemana poco después de que terminara la guerra fue un acto de valentía. –Pamela Morton hizo una pausa–. Esto es más difícil de lo que pensaba...

–Prosiga.

–Hace unos meses fui a recoger a mi marido a la oficina. Cuando llegué, vi que había tenido que ausentarse; se había armado cierto alboroto con respecto a un testamento. Stephen estaba solo. Me dijo que iba a trabajar hasta tarde, pero luego me propuso que fuéramos a tomar una copa. Parecía algo totalmente inocente. Era el socio de mi marido, y le conocía desde hacía unos años. Lo apreciaba, y me di cuenta de que algo lo preocupaba. No sabía si se trataba de algo relacionado con su

salud, con el dinero o con su matrimonio. Creo que esas son las cosas que preocupan a la mayoría de los hombres...

–Efectivamente.

–Fuimos en coche hasta Trumpington, donde supongo que Stephen pensó que habría menos posibilidades de encontrarse con gente a la que él conocía y no tendríamos que dar explicaciones a nadie de por qué estábamos tomando una copa juntos. Así pues, al pensar ahora en ello, supongo que todo comenzó con cierta complicidad.

Sidney estaba empezando a sentirse incómodo. Como sacerdote, estaba habituado a las confesiones informales, pero nunca fue capaz de aceptar el hecho de que a menudo contenían muchos detalles. Había momentos en que deseaba que la gente no le contara demasiadas cosas.

Pamela Morton continuó.

–Nos sentamos en el rincón más discreto del pub, lejos del resto de la gente. Había oído decir que a Stephen le gustaba tomarse una o dos copas, pero me sorprendió la velocidad a la que lo hacía. Había llegado a su límite. Al principio la charla fue normal, pero luego cambió. Me dijo lo harto que estaba de su vida. Era algo que resultaba extraño decir; la intensidad de sus sentimientos llegó muy de repente. Dijo que nunca había sentido que perteneciera a Cambridge. Él y su esposa eran dos exiliados. Dijo que debería haber regresado directamente a Irlanda después de la guerra, pero aquí es donde había trabajo. No quería parecer un desagradecido con mi marido por habérselo ofrecido, y además, si no lo hubiese aceptado, nunca me habría conocido. Cuando dijo eso, empecé a preocuparme. Me pregunté qué iba a decirle a mi marido, y, aun así, había algo convincente en su forma de hablar. Había

urgencia, desesperación y encanto en todo cuanto decía. Era hábil manejando las palabras. Es algo que siempre he admirado. Yo fui actriz; en cosas poco importantes, antes de casarme.

–Comprendo –repuso Sidney, preguntándose qué rumbo tomaría la conversación.

–A pesar de su labia, sabía que lo que me estaba diciendo era que su vida era un desastre. Cualquiera que le oyera hablar podía pensar que se estaba planteando el suicido, pero estarían en un error.

Pamela Morton se interrumpió.

–No tiene que contármelo todo –repuso Sidney.

–Sí. Es importante. Stephen me dijo cuánto anhelaba huir y empezar de nuevo en otro lugar. Luego, mientras aún estábamos en el pub, me miró a los ojos durante un largo rato antes de hablar y... ¡Oh! ¿Le importa si me tomo otra copa? Unas gotas de coraje, ya sabe.

–Por supuesto.

–Todo esto debe de parecerle bastante sórdido. ¿Ya sabe lo que voy a decirle, verdad?

Sidney sirvió las copas.

–No, creo que no –repuso él, en voz baja–. Continúe, por favor.

Había aprendido a no interrumpir un relato antes de que llegara a su fin.

–Stephen me dijo que no podía dejar de pensar en mí, que cualquier aspecto de su vida sin mí era miserable, y que me amaba. No podía creerlo. Me dijo que era un milagro que tuviéramos la oportunidad de estar a solas para poder decírmelo. Solo vivía para los momentos en que nos veíamos, y dijo que solo si podíamos estar juntos su vida tendría sentido, y que bebería menos y sería feliz.

Pamela Morton levantó la mirada, esperando que Sidney le preguntara qué había hecho.

–Continúe... –dijo.

–Mientras él hablaba –prosiguió Pamela–, sentí un extraño calor dentro de mí. No sé de dónde venía. Pensé que iba a desmayarme. Mi vida parecía alejarse de mí. Nunca lo había pensado antes, pero él estaba diciendo todo lo que yo pensaba. Me di cuenta de que mi vida no tenía por qué ser un callejón sin salida en una pequeña ciudad de provincias. Podía volver a empezar. Podíamos huir, escapar de nuestro pasado y vivir sin historia, fingiendo incluso que no había habido una guerra, que no habíamos perdido a ningún amigo y que no teníamos familia. Podíamos ser simplemente dos personas con el futuro por delante. Podíamos irnos lejos, a cualquier lugar, dijo Stephen. Él había ahorrado algo de dinero; lo único que yo debía hacer era pensarlo. No quería que me precipitara. Lo único que deseaba era que yo dijera que sí...

–¿Y lo hizo?

–Pensé que aquello era una locura, algo imposible. Estaba asustada y emocionada al mismo tiempo. Me propuso que volviéramos al coche y que huyéramos sin rumbo fijo, hacia la costa, para subirnos a un barco y cruzar el canal. No sabía qué decir. Me dijo que me imaginara lo mucho que nos reiríamos de los estragos que causaríamos. Viajaríamos en coche por toda Francia y nos alojaríamos en hoteles muy románticos, mientras todos los demás continuaran con sus monótonas vidas en Cambridge. Seríamos libres. Visitaríamos Niza y la Costa Azul, nos vestiríamos de gala y bailaríamos bajo las estrellas en cálidas noches de verano. Era una locura y era

algo maravilloso, y aunque no podíamos irnos en ese mismo momento, seguro que solo era cuestión de tiempo. Todo era posible. Todo podía cambiar.

–¿Cuándo ocurrió eso? –preguntó Sidney.

–Justo después de la coronación. El pub aún lucía los banderines. Fue hace cuatro meses.

–Comprendo.

–Sé lo que está pensando.

–No la estoy juzgando –repuso Sidney, sin estar muy seguro de qué pensar–. La estoy escuchando.

–Pero debe hacerse preguntas. Si éramos tan impetuosos, ¿por qué tardamos tanto? Aunque mis hijos ya se habían ido de casa, pensaba en ellos. Entonces, en cuanto regresamos, me asusté al pensar en lo que significaba todo aquello. Empecé a sentirme desanimada. No podía creer lo que había sucedido. Puede que hubiera sido un sueño y Stephen nunca hubiera dicho todas esas cosas. Sin embargo, empezamos a citarnos en secreto y supe que era lo único que deseaba. Estaba obsesionada. No podía creer que nadie hubiera notado ningún cambio en mí. «¿Seguro que no se han dado cuenta?», me preguntaba él. Apenas podía creer que fuera capaz de hacerlo. Cuanto más tiempo pasaba, menos podía esperar para huir. Había dejado de ser yo misma. En realidad, no sabía quién era, pero le dije a Stephen que debíamos asegurarnos de dejarlo todo listo antes de hacer algo tan temerario y que deberíamos irnos en Año Nuevo.

–¿Y él estuvo de acuerdo?

–Me dijo que, cuando me veía, creía que todo era posible. Éramos muy felices.

–¿Nadie más estaba al corriente de sus planes?

–Tengo una amiga en Londres. Ella... Es difícil de explicar, canónigo Chambers. Aceptó que yo fingiera que me estaba quedando en su casa...

–¿Y dónde estaba realmente?

–Me temo que estaba en un hotel con Stephen. Debe usted pensar que soy una cualquiera...

A Sidney le sorprendió su franqueza.

–No me corresponde a mí emitir un juicio, señora Morton.

–Pamela. Por favor, llámeme Pamela.

Era demasiado pronto para tanta familiaridad. Sidney decidió no ofrecer otra copa a su invitada.

–Entonces, ¿comprende por qué he venido, canónigo Chambers?

Sidney no comprendía nada en absoluto. ¿Por qué le estaba contando todo aquello esa mujer? Se preguntó si se habría casado por la Iglesia, si había pensado alguna vez en sus votos nupciales y en cómo se llevaría con sus hijos.

–¿Qué quiere que haga? –preguntó Sidney.

–No puedo ir a la policía y contarles todo esto.

–No, por supuesto que no.

–No puedo confiar en que lo mantengan en secreto. Mi marido acabaría descubriéndolo y no quiero remover más las cosas.

–¿Está segura de que se trata de un asunto privado? No hay que preocuparse por la policía.

–Tiene que serlo, canónigo Chambers.

–Pero ¿por qué?

–¿Acaso no se da cuenta? No puedo creer que Stephen se suicidara. Está totalmente fuera de lugar. Íbamos a huir juntos.

–Entonces, ¿qué está sugiriendo?

Pamela Morton se sentó y enderezó la espalda.

–Un asesinato, canónigo Chambers. Estoy hablando de un asesinato.

Pamela revolvió su bolso en busca de un pañuelo.

–Pero ¿quién querría hacer algo así?

–No lo sé.

Sidney se sentía superado por la situación. Le parecía bien que alguien acudiera a él para confesar sus pecados, pero una acusación de asesinato era algo muy distinto.

–Esa acusación es muy grave, señora Morton. ¿Está segura de que eso es lo que cree?

–Estoy segura.

–¿Y no se lo ha contado a nadie más?

–Usted es el primero. Cuando le oí hablar en el funeral sobre la muerte y la pérdida, me convencí de que podía confiar en usted. Tiene una voz tranquilizadora. Lamento no ir a la iglesia más a menudo. Después de que mi hermano muriera en la guerra, me cuesta tener fe.

–Es difícil, lo sé.

Pamela Morton habló como si ya hubiera dicho todo cuanto tenía que decir.

–Lo que le he contado es la verdad, canónigo Chambers.

Sidney se imaginó a su invitada sentada en el funeral, conteniendo su dolor. Se preguntó si habría examinado a la congregación en busca de sospechosos. Pero ¿por qué alguien habría querido matar a Stephen Staunton?

Pamela Morton se dio cuenta de que Sidney necesitaba que lo convencieran.

–La idea de que se quitara la vida es absurda. Teníamos todo el futuro por delante. Era como si fuéramos a ser jóvenes.

nes otra vez y pudiéramos convertirnos en quienes queríamos ser. Íbamos a empezar de nuevo. Íbamos a vivir como nunca habíamos vivido. Eso fue lo último que me dijo. «Viviremos como nunca hemos vivido». Esas no son las palabras de un hombre que piensa pegarse un tiro, ¿verdad?

–No, no lo son.

–Y ahora no está. Todas esas esperanzas, todo ese amor perdido... –Pamela Morton cogió su pañuelo–. No puedo soportarlo. Lo siento. No quería llorar.

Sidney se acercó a la ventana. ¿Qué diablos se suponía que debía hacer? Aquel asunto no era de su incumbencia. Pero entonces recordó que, como sacerdote, *todo* era de su incumbencia. No había ninguna parte del corazón humano que no fuera responsabilidad suya. Además, si Pamela Morton estaba en lo cierto y Stephen Staunton no había cometido lo que mucha gente aún seguía considerando el pecado del suicidio, entonces un hombre inocente había sido asesinado injustamente y su asesino seguía en libertad.

–¿Qué quiere que haga? –preguntó Sidney.

–Hable con la gente –respondió Pamela Morton–. Extraoficialmente, si es posible. No quiero que nadie sepa que estoy involucrada en todo esto.

–Pero ¿con quién debo hablar?

–Con la gente que lo conocía.

–No estoy seguro de qué puedo preguntarles.

–Usted es sacerdote. La gente le cuenta cosas, ¿no es así?

–Sí.

–Y usted puede preguntar sobre cualquier tema, por íntimo que sea.

–Hay que ser prudente.

–Ya sabe a qué me refiero...

–Sí –repuso Sidney, con la máxima cautela.

–Entonces, recuerde todo lo que le he contado y, si se presenta el momento, quizás podría hacer una pregunta que en otro caso no habría hecho.

–No puedo prometerle nada. No soy detective.

–Pero usted conoce a la gente, canónigo Chambers. Usted la comprende.

–No siempre.

–Bueno, espero que me entienda.

–Sí –respondió Sidney–. Usted ha sido muy clara. Me imagino que todo esto debe haber sido terrible. Soportarlo sola...

Pamela Morton guardó su pañuelo.

–Así es. Pero le he dicho lo que había venido a decirle. ¿Seguro que puedo confiar en su discreción? –preguntó, levantando la vista hacia él, vulnerable una vez más–. No mencionará mi nombre, ¿verdad?

–Por supuesto que no –repuso Sidney, aunque ya le preocupaba el hecho de cuánto tiempo podría guardar aquel secreto.

–Lamento mucho todo esto –prosiguió la señora Morton–. La verdad es que me avergüenza. Era incapaz de pensar en cómo contárselo o en las palabras que iba a emplear. Hasta ahora no sé nada, y he tenido que mantener la calma. Gracias por escucharme.

–Se supone que es lo que debo hacer –dijo Sidney, y de inmediato se preguntó si era verdad.

Era su primer caso de adulterio, por no hablar de asesinato.

Pamela Morton se levantó. Sidney se dio cuenta de que, a pesar de las lágrimas, no se le había corrido el rímel. Se apartó el mechón de pelo de la cara y le tendió la mano.

–Adiós, canónigo Chambers. Me cree, ¿verdad?

–Ha sido muy valiente al contármelo todo.

–Stephen decía que el coraje era una cualidad que me faltaba. Si descubre lo que le ocurrió, espero que sea yo la primera persona a la que informe. –Una vez más, esbozó una triste sonrisa–. Ya sé dónde encontrarle.

–Siempre estoy aquí. Adiós, señora Morton.

–Pamela...

–Adiós, Pamela.

Sidney cerró la puerta y consultó el reloj que le había regalado su padre cuando se ordenó. Después de todo, quizás había llegado la hora de acudir al velatorio. Se dirigió de nuevo al pequeño salón con los destartalados muebles que sus padres le habían comprado en una subasta local. Pensó que aquella estancia necesitaba un toque de alegría. Recogió los vasos, los dejó en el fregadero y abrió el grifo del agua caliente. Le gustaba lavar; un acto tan sencillo como el de la limpieza tenía unos resultados que eran visibles de inmediato. Se detuvo un momento frente a la ventana y vio un petirrojo saltando en el tendedero. Pronto tendría que encontrar tiempo para escribir las tarjetas de Navidad.

Vio las marcas del lápiz de labios en el borde del vaso de whisky de Pamela Morton y recordó un poema de Edna St. Vincent Millay que había leído en el *Sunday Times*:

He olvidado qué labios han besado los míos,
y dónde y por qué, y qué brazos han sostenido
mi cabeza hasta el amanecer; pero la lluvia
está llena de fantasmas esta noche...

«Es increíble que la gente convierta su vida en un caos», pensó.

Al amigo de Sidney, el inspector Keating, no le pareció nada apasionante.

–No podría ser más sencillo –dijo, lanzando un suspiro–. Un tipo se queda en la oficina después de que todos los demás se han ido. Se toma una botella de whisky y luego se vuela la tapa de los sesos. La mujer de la limpieza lo encuentra a la mañana siguiente, llama a la policía, nos presentamos allí y eso es todo: más claro que el agua.

Los dos hombres estaban sentados en su mesa favorita del bar de la RAF de The Eagle, un pub muy bien situado, cerca de la comisaría de policía de St. Andrews Street. Habían entablado amistad después de que Sidney oficiara el funeral del predecesor del inspector, y ahora se reunían informalmente todos los jueves después del trabajo para tomarse un par de pintas de cerveza amarga, jugar una partida de backgammon y compartir confidencias. Era uno de los pocos momentos de ocio de la semana en que Sidney podía quitarse el alzacuello, ponerse un jersey y fingir que no era sacerdote.

–A veces –observó–, las cosas pueden parecer demasiado claras.

–Estoy de acuerdo –dijo el inspector, que sacó un cinco y un tres–, pero los hechos de este caso son tan claros como el agua. –Habla con un ligero acento de Northumbria, la única prueba de un condado que había abandonado cuando tenía seis años–. Tanto es así que no puedo creer que estés sugiriendo que busquemos una aguja en un pajar.

–No estoy sugiriendo tal cosa. –Sidney se alarmó al comprobar que su amigo pensaba que estaba haciendo una petición formal–. Solo estoy levantando una ceja.

El inspector Keating insistió sobre el caso.

–La mujer de Stephen Staunton nos dijo que su marido estaba deprimido. Y también que bebió más de la cuenta. Eso es lo que hacen los irlandeses, por supuesto. Su secretaria nos contó que nuestro hombre también había empezado a viajar a Londres una vez por semana y que no estaba en la oficina todo lo que debería haber estado. Incluso había tenido que cubrirlo y ocuparse de algunos de sus asuntos más sencillos; transmisiones de propiedad y cosas así. Y luego está el pequeño detalle de los fondos que había retirado recientemente del banco; grandes sumas de dinero, en metálico, que su mujer nunca llegó a ver y que nadie sabe adónde han ido a parar. Eso sugiere...

Sidney sacó un doble cinco y movió cuatro fichas.

–Imagino que podría pensarse que el abogado era jugador...

–Yo lo haría, sin duda. Y también pensaría que podría haber empleado parte del dinero de su bufete para pagar. Si no estuviera muerto, seguramente habría empezado a investigarlo por fraude. –El inspector sacó un cuatro y un dos y le comió una ficha a Sidney–. Así que me imagino que, cuando las deudas aumentaron y estaba a punto de ser descubierto, se voló la tapa de los sesos. Es algo bastante frecuente. ¿Redoble?

–Por supuesto. –Sidney volvió a tirar–. Ah... Creo que puedo volver a entrar en el juego. –Colocó la ficha en la casilla veintitrés–. ¿Dejó alguna nota?

La pregunta irritó al inspector Keating.

–No, Sidney, no dejó ninguna nota.

–Entonces, hay margen de error.

El inspector se inclinó hacia delante y sacudió de nuevo los dados. Pensaba que tenía la partida ganada, pero se dio cuenta de que Sidney no tardaría en alcanzarle.

–En este caso no hay lugar para la duda. No todos los suicidas dejan una nota...

–La mayoría lo hacen.

–Mi cuñado trabaja en las fuerzas aéreas, cerca de Beachy Head. Te aseguro que allí no suelen dejar muchas notas. Se van a hacer puñetas.

–Supongo que lo hacen.

–Nuestro hombre se mató, Sidney. Si no me crees, hazle una de tus visitas pastorales a su viuda. Estoy seguro de que lo agradecería. Eso sí, no empieces a barruntar.

–No lo haré –mintió Sidney, anticipando una improbable victoria en el tablero de juego.

La vida en Grantchester estaba ligada a la vieja Universidad del Corpus Christi, donde Sidney había estudiado Teología y en la que ahora daba clases y disfrutaba de los derechos de su comedor. Le gustaba que su trabajo combinara lo académico con lo eclesiástico, pero a veces le preocupaba que sus actividades universitarias no le dejaran bastante tiempo para concentrarse en sus obligaciones pastorales. Podía ocuparse de su parroquia, enseñar a los estudiantes, visitar a los enfermos y preparar parejas para el matrimonio, pero a menudo se sentía culpable por no hacer lo suficiente por la comunidad. En realidad, a veces deseaba ser mejor sacerdote.

Sabía que su responsabilidad con los afligidos, por ejemplo, iba mucho más allá del mero hecho de oficiar un funeral. En realidad, los que habían perdido a un ser querido necesitaban a menudo más consuelo después de la conmoción inicial de la muerte, cuando sus amigos retomaban su vida cotidiana y había transcurrido el período de duelo. La tarea de un sacerdote consistía en ofrecer consuelo constante, amar y servir a sus feligreses a cualquier precio. Así pues, a la mañana siguiente, Sidney no dudó en hacer un alto en su camino hacia Cambridge para visitar a la viuda de Stephen Staunton.

La casa era un edificio de finales de la era victoriana, en la avenida Eltisley, una calle situada al borde de los campos. Era una de esas casas a las que las familias jóvenes se mudaban cuando estaban esperando su segundo hijo. Toda la zona era muy respetable, pero Sidney no pudo evitar pensar que le faltaba encanto. Era uno de esos edificios funcionales que habían escapado a los bombardeos durante la guerra, pero en él no resultaba perceptible ese sentido de la historia o de la identidad local. Mientras cruzaba la calle, Sidney pensó que podría estar en cualquier parte de Inglaterra.

Hildegard Staunton estaba más pálida de lo que la recordaba en el funeral de su marido. Su pelo era corto y rizado, y sus ojos, grandes y verdes. Llevaba las cejas finamente marcadas con un lápiz, pero no llevaba los labios pintados, por lo que su rostro parecía desprovisto de cualquier emoción. Vestía una bata de color verde aceituna con cuello esmoquin y las mangas arremangadas, que Sidney solo vio cuando ella se tocó el pelo, preocupada, quizás, porque necesitaba lavárselo y peinárselo, aunque no era capaz de hacer frente a una visita a la peluquería.

En el funeral, Hildegard había estado tranquila pero vigi-

lante, pero ahora no podía estarse quieta; se puso en pie en cuanto se hubo sentado, incapaz de concentrarse. Cualquiera que la hubiese observado desde fuera a través de la ventana habría pensado seguramente que había perdido algo que, por supuesto, ella tenía. Sidney se preguntó si su médico le habría prescrito algún medicamento para ayudarla con el duelo.

–He venido a ver cómo está –empezó.

–Finjo que él aún sigue aquí –respondió Hildegard–. Es la única manera de que pueda seguir adelante.

–Estoy seguro de que debe resultarle muy extraño.

Sidney se sentía incómodo al estar al corriente del adulterio de su marido, por no hablar de un posible asesinato.

–Vivir en este país siempre me ha resultado extraño. A veces pienso que estoy viviendo la vida de otra persona.

–¿Cómo conoció a su marido? –preguntó Sidney.

–Fue en Berlín, después de la guerra.

–¿Era soldado?

–Pertenece a los Ulster Rifles. El Foreign Office británico envió gente para «airearnos», sea lo que sea que signifique eso, y asistíamos a conferencias en el Abendländische Kultur. Sin embargo, ninguno de nosotros prestaba demasiada atención. Preferíamos ir a bailar.

Sidney intentó imaginarse a Hildegard Staunton en una sala de baile alemana bombardeada, bailando entre las ruinas. Se removió en el sofá y se ajustó la falda de la bata. Puede que no quisiera contar su historia, se dijo Sidney, pero el hecho de que no lo mirara a los ojos le dejó claro que tenía intención de continuar. Su discurso, a pesar de su estado, exigía atención.

–A veces salíamos al campo y pasábamos la noche tomando vino blanco bajo los manzanos. Les enseñamos a cantar

Einmal am Rhein, y los hombres del Ulster nos enseñaron *The Star of County Down*. Me gustaba la forma en que Stephen cantaba esa canción. Y cuando me hablaba de su hogar en Irlanda del Norte, la describía tan bien que pensé que podría ser mi refugio de todo lo que había ocurrido durante la guerra. Viviríamos a orillas del mar, decía, puede que en Carrickfergus. Daríamos paseos por la orilla del lago Neagh y escucharíamos el grito de los alcaravanes sobrevolando el agua. Su voz tenía mucho encanto. Creía todo lo que me decía. Pero nunca fuimos a Irlanda. Las oportunidades estaban aquí. Así pues, nuestro matrimonio empezó con algo que yo no me esperaba. Nunca imaginé que viviríamos en un pueblo de Inglaterra, Siendo alemana no es nada fácil, por supuesto.

–Habla muy bien el inglés.

–Me esfuerzo. Pero a los alemanes nos miran con recelo, me imagino que ya lo sabe. Aún puedo ver lo que piensan cuando ha transcurrido tan poco tiempo desde la guerra. ¿Cómo podría culparlos? No puedo decirle a toda la gente que me encuentro que mi padre nunca fue un nazi y que recibió un disparo en una manifestación comunista cuando yo tenía seis años. No creo que haya hecho nada malo, pero para nosotros es difícil vivir después de esa guerra.

–Es difícil para todos.

Hildegard se interrumpió y recordó lo que había olvidado.

–¿Le apetece un té, canónigo Chambers?

–Sería estupendo.

–No se me da muy bien prepararlo. A Stephen le parecía divertido. Normalmente solía tomar whisky.

–Yo también suelo tomar algún escocés.

–El que tomaba él era irlandés, por supuesto.

–Ah, claro –recordó Sidney–. Su sabor es distinto y se escribe de otra forma.

Hildegard Staunton continuó.

–Bebía Bushmills. Sean decía que era el whisky más antiguo del mundo. Le recordaba a su hogar: un whisky protestante, siempre solía decir, del condado de Antrim. Su hermano envía más de dos cajas al año, una por el aniversario de Stephen y la otra por Navidad. Es decir, dos botellas al mes. Pero no era suficiente. Puede que por eso viajara a Londres antes de morir. No fue allí por negocios; fue a buscar más whisky. En Cambridge no hay Bushmills, y él no quería otra cosa.

–¿Nunca?

–Decía que prefería beber agua. O ginebra. Y cuando lo hacía, se lo tomaba como si fuera agua. –Hildegard sonrió con tristeza–. Puede que prefiera tomar un jerez en lugar del té. Los sacerdotes suelen tomar jerez a menudo, ¿verdad?

Sidney no tenía ganas de explicar su disgusto.

–Eso sería estupendo...

La señora Staunton se dirigió a la vitrina del aparador. Pensó que no había muchos libros, pero vio un piano vertical Bechstein y algunas reproducciones de buen gusto de pinturas de paisajes. También había una colección de piezas de porcelana alemana, entre ellas un violinista cortejando a una bailarina y un arlequín tirando del rabo de un perrito. La mayoría de las figuritas eran de niños: un muchacho con una chaqueta rosa tocando la flauta, una pequeña bailarina y un grupo de hermanos compartiendo una mesa de pícnic.

Sidney recordó el motivo de su visita.

–Siento si la he importunado, pero me gustaría pensar que usted es una de mis feligresas...

–Soy luterana, como ya sabrá. No solemos ir habitualmente a la iglesia.

–Siempre será bien recibida.

–*Kinder, Küche, Kirche*. –Hildegard sonrió–. Las tradiciones alemanas. Me temo que no soy demasiado buena en ninguna de ellas.

–Pensé que si había algo que yo pudiera hacer...

–Usted ofició el funeral de mi marido. Eso fue suficiente, sobre todo dadas las circunstancias.

–Eran complicadas.

–Y después de tanta muerte en la guerra resulta difícil aceptar que alguien quiera morir de forma deliberada después de haber sobrevivido. Estoy segura de que usted no lo aprueba.

–Nosotros creemos que la vida es sagrada, un regalo de Dios.

–Y, por lo tanto, debería ser Dios quien la arrebatara.

–Me temo que sí.

–¿Y si no hubiera ningún dios?

–No puedo pensar eso.

–No. Como sacerdote, no sería una buena idea.

Hildegard sonrió por primera vez.

–Estaría muy mal, sí.

Hildegard Staunton le tendió el jerez a Sidney. Se preguntó por qué se había metido en todo aquello.

–¿Piensa volver a Alemania? –preguntó.

–Hay quien dice que Alemania ya no existe, pero mi madre vive en Leipzig. También tengo una hermana en Berlín. No creo que pueda quedarme aquí.

–¿No le gusta Cambridge?

–Puede resultar deprimente. ¿Es la palabra correcta? El clima y el viento.

Sidney se preguntó si el matrimonio Staunton habría sido feliz alguna vez.

–Me estaba preguntando... –empezó, vacilante–. ¿Su marido compartía sus sentimientos?

–Ambos pensábamos que aquí éramos unos extraños.

–¿Estaba deprimido?

–Él es del Ulster. ¿Usted qué opina?

–No creo que toda la gente del Ulster esté deprimida, señora Staunton.

–Por supuesto que no. Pero a veces, con el alcohol...

Hildegard dejó la frase colgada en el silencio que los separaba.

–Lo sé... No ayuda.

–¿Por qué me ha hecho esa pregunta? –continuó Hildegard.

–Le pido disculpas. Sé que ha sido una indiscreción. Solo me preguntaba si temía que esto podía llegar a ocurrir.

–No, en absoluto.

–Entonces, fue un shock.

–Así es. Pero ya nada me sorprende, canónigo Chambers. Cuando has perdido a la mayor parte de tu familia en la guerra, cuando no queda nada de tu vida y cuando la única esperanza que tienes se convierte en polvo, ¿por qué algo debería sorprenderte? ¿Usted luchó en la guerra?

–Sí.

–Entonces es posible que me entienda.

Sidney se dijo que, de haber sido mejor cristiano, habría intentado hablarle a Hildegard del consuelo de la fe, pero sabía que no era el momento adecuado.

La conversación resultaba inquietante porque había muchas cuestiones rondando por su mente: la naturaleza de la

muerte, la idea del matrimonio y el problema de la traición. Concentrarse en cualquiera de esos temas era probable que molestara a Hildegard, y por eso trató de que la conversación fuera lo más neutra posible.

–Entonces, ¿es usted de Leipzig? –continuó Sidney.

–Sí.

–La ciudad de Bach.

–Toco su música todos los días. Estudié en la Hochschule de Berlín con Edwin Fischer. Era como un padre para mí. Puede que haya oído hablar de él.

–Creo que mi madre tiene alguno de sus discos.

–Seguramente será *El clavecín bien templado*. Su forma de tocar estaba llena de aire y alegría. Era un hombre maravilloso. Pero en 1942 se fue a Lucerna, y yo perdí la confianza en mí misma.

–La guerra, supongo.

–Fueron muchas cosas.

–¿Usted da clases de música?

–En Alemania tuve muchos alumnos. Como ya sabe, el trabajo es nuestra arma contra el hastío.

–*Weltschmerz*.

–¿Conoce la expresión? –Hildegard sonrió de nuevo–. Estoy impresionada, canónigo Chambers. Pero aquí el trabajo es algo complicado. Puede que cuando regrese a Alemania dé clases todos los días. Necesito trabajar. No sé lo que hizo mi marido con el dinero.

–¿No dejó un testamento?

–No lo creo.

–Puede que el socio de su marido espere hasta después del funeral para hablarle de ello.

–No le conozco muy bien. Mi marido era reservado con respecto a su trabajo. Me dijo que no le llenaba. Lo único que sé es que Clive Morton sentía lo mismo. Creo que le interesaba más el golf que el derecho.

–Si cree que puede ser de alguna utilidad, yo podría preguntar en su nombre.

–No me gustaría molestarle.

–No es ninguna molestia –repuso Sidney.

–No hay ninguna prisa... –Hildegard Staunton prosiguió—. Tengo mi propia cuenta bancaria y por el momento dispongo de dinero suficiente. Lo que ocurre es que estoy agotada. Creo que debe de ser por la tristeza. Es como mirar por el hueco del ascensor. El hueco está oscuro. Desciende y no puedes ver el final.

Sidney se sentó a su lado.

–Lo siento, señora Staunton. Tal vez no debería haber venido.

Hildegard le miró a los ojos.

–No, me alegro. No soy yo misma. Espero que usted me perdone.

–Ha sufrido usted una terrible pérdida.

–No esperaba que fuera tan violento. Sabía que Stephen conservaba el revólver de la guerra. A veces me decía que pensaba en lo que había hecho con él, en la gente a la que había matado. Era muy consciente de ello. Creo que el recuerdo de aquel conflicto lo superaba. Puede que al casarse conmigo intentara compensar lo que había ocurrido, pero yo creo que lo empeoró. No dejaba de pensar que podía haber matado a gente a la que yo conocía: profesores, amigos, parientes... Era difícil saber qué decirle. Era algo horrible.

Sidney recordó su propia guerra, la lucha del último año con la Guardia Escocesa, los largos períodos de espera, las noches en blanco antes de los momentos de violenta actividad, de riesgo y muerte. No recordaba tanto las muertes como la culpa y la pérdida: hombres como Jamie Wilkinson, *Wilko*, a quien había enviado a echar un vistazo a las líneas enemigas y que nunca regresó. Recordaba el miedo en los rostros de los hombres, los repentinos estallidos de violencia y luego el brutal entierro de los amigos. Nadie hablaba de ello, y aun así Sidney sabía que todos seguían pensando en lo sucedido, con la esperanza de que sus pensamientos y temores se desvanecieran. El resto de sus vidas vivirían a la sombra de la muerte, y dedicarían su tiempo a actividades que era poco probable que tuvieran tanto impacto como lo que habían hecho durante la guerra.

–¿Me está escuchando?

Sidney recordó dónde estaba.

–Lo siento mucho.

A Hildegard le pareció casi divertida su falta de atención. Sidney vio el atisbo de una sonrisa. Le gustaba su boca.

–Puede que estuviera soñando, canónigo Chambers. Eso es algo normal para mí, incluso más que lo que es real.

Sidney recordó por qué había venido. No le iba a resultar fácil seguir adelante, pero tenía que hacer todo lo posible por descubrir la verdad.

–Quería hacerle una pregunta. Espero que no le importe.

–Espero poder responderla.

–Sé que esto puede sonarle extraño –empezó Sidney, indeciso–. Pero, dígame, ¿cree que alguien querría hacerle daño a su marido?